

América Latina entre el Sur Global y el Hemisferio Occidental

En los últimos días del año pasado 2025, se publicaron casi en paralelo dos documentos que permiten leer con bastante nitidez el momento estratégico actual. Por un lado, la nueva Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos. Por otro, el tercer documento de política exterior de China hacia América Latina y el Caribe. No se trata solo de dos textos distintos, ni siquiera únicamente de dos visiones contrapuestas. Son dos formas diferentes de ordenar el mundo, de definir prioridades y, sobre todo, de establecer los criterios que convierten una relación económica en un asunto político o de seguridad.

Leerlos en conjunto permite entender algo clave. No estamos frente a simples declaraciones diplomáticas, sino frente a manuales de interpretación. Textos que establecen cómo deben leerse el comercio, la inversión, la infraestructura, la cooperación y la seguridad. Desde ahí, el análisis no pasa solo por lo que dicen explícitamente, sino por la gramática que introducen y por los umbrales que fijan para la acción política.

En primer lugar, el documento estadounidense es un texto centrado en la seguridad nacional en un sentido amplio y universal. Fue publicado recientemente y, de manera significativa, no aborda el desarrollo entendido como comercio o inversión. Esta ausencia de un documento integral que articule las distintas esferas de la política exterior —seguridad, desarrollo, economía y cooperación— dice mucho sobre la forma en que Estados Unidos concibe su acción internacional. Se trata de un enfoque donde la seguridad estructura el resto de las agendas, más que convivir con ellas.

Asimismo, es un documento que pone un fuerte énfasis en las Américas, y particularmente en América Latina. Reafirma la idea de que la región forma parte del llamado “Hemisferio Occidental”. En términos institucionales, la Estrategia es un informe presidencial mandatado por ley. Su objetivo es comunicar al Congreso la visión estratégica del Ejecutivo. No es un texto programático amplio, sino un instrumento de alineamiento institucional y político.

Por otro lado, el documento de política exterior de China hacia América Latina, publicado apenas días después de la estrategia estadounidense, presenta un carácter claramente integral. Aborda múltiples agendas y líneas de acción. Sitúa la relación con América Latina dentro de un marco político explícito: el Sur Global. Esto ocurre porque China se reconoce a sí misma como parte del Sur Global y, al mismo tiempo, encuadra a América Latina dentro de ese mismo espacio político.

El documento afirma que “ALC forma parte importante del Sur Global y constituye una fuerza relevante para defender la paz y la estabilidad del mundo y promover su desarrollo y prosperidad”. Este párrafo funciona como una declaración de intenciones. A partir de él se desprenden varios elementos relevantes.

En primer lugar, la relación política se sitúa explícitamente en el Sur Global. En segundo lugar, se identifican dos agendas centrales. Por un lado, la paz y la estabilidad. Por otro, el desarrollo y la prosperidad. Cuando el documento se refiere a la paz y la estabilidad, utiliza el verbo “defender”. Esto implica, aunque no lo declare de forma explícita, la existencia de

una amenaza a la seguridad. Este punto es relevante porque, históricamente, los discursos oficiales chinos han sido reticentes a reconocer amenazas de seguridad de forma abierta. Sin embargo, este componente ha ido ganando espacio en su agenda.

En contraste, cuando el documento aborda el desarrollo y la prosperidad, utiliza verbos como “promover” o “fomentar”. El desarrollo aparece, así, como una constante de la política china hacia la región. No como una ruptura sustantiva respecto de etapas anteriores, sino como una línea de continuidad.

En el documento chino, el concepto de Sur Global funciona como un marco político ordenador. Permite estructurar una oferta amplia y heterogénea. La relación China–América Latina se presenta como una “comunidad de futuro compartido”. Esta idea se operacionaliza a través de cinco programas: solidaridad, desarrollo, civilizaciones, paz y pueblos.

Esta arquitectura permite leer el documento no solo como una agenda bilateral, sino como una propuesta de orden. Combina dimensiones políticas, económicas, culturales, sociales y de seguridad. La elevación del componente de seguridad responde a la necesidad de completar la promesa política del Sur Global. No basta con comercio e inversión si la narrativa central es “defender la paz y la estabilidad” y “promover el desarrollo y la prosperidad”.

De este modo, los cinco programas permiten presentar la relación con América Latina como un paquete integral de orden. Incluyen alineamiento político y gobernanza, bajo el eje de solidaridad. Crecimiento económico, bajo el eje de desarrollo. Legitimidad cultural, en el programa de civilizaciones. Gestión de riesgos y seguridad, en el programa de paz. Y cohesión social, en el programa de pueblos.

En la Estrategia de Seguridad de Estados Unidos, en cambio, el encuadre se organiza en torno a los “intereses vitales” del país. El Hemisferio Occidental aparece como una prioridad estratégica. La estabilidad regional es presentada como un medio para frenar la migración, cooperar contra los carteles y excluir la “incursión” de actores extrahemisféricos.

En este marco, el documento reintroduce de manera explícita una suerte de “Corolario Trump” a la Doctrina Monroe. Un ejemplo extremo de esta lógica es la intervención estadounidense en Venezuela, con la captura de Nicolás Maduro y su traslado a Estados Unidos para ser procesado judicialmente. Se trata de un movimiento que combina coerción dura con una traducción penal del adversario. No se trata solo de un enemigo político, sino también de un acusado, presentado como líder de una organización criminal.

La economía aparece en la Estrategia estadounidense, pero lo hace principalmente como una herramienta de competencia y control. Se expresa a través de tarifas, acuerdos recíprocos y la llamada “diplomacia comercial”. El objetivo no es el desarrollo compartido, sino el bloqueo de competidores estratégicos y la contención de su influencia.

En términos más amplios, esta diferencia refleja un cambio de época. Se pasa de una globalización orientada por la eficiencia económica a un escenario en que el comercio, la inversión y las cadenas de suministro son evaluados crecientemente bajo criterios de poder y

seguridad. La economía no desaparece. Cambia de estatuto. Deja de operar como una esfera relativamente autónoma y pasa a ser un instrumento explícito de competencia estratégica.

Esto es relevante porque permite entender por qué el comercio con China puede perder rápidamente su carácter técnico y convertirse en un asunto de seguridad o de activos estratégicos. No se trata solo de un discurso ideológico. Es una gramática de decisión. Define cuándo un proyecto se interpreta como desarrollo, cuándo se reinterpreta como control y qué agencias pasan a liderar la discusión cuando se cruza ese umbral.

En este contexto, América Latina comienza a quedar situada entre dos narrativas políticas distintas. Por un lado, la narrativa del Sur Global, promovida por China. Por otro, la del Hemisferio Occidental, promovida por Estados Unidos. Diversas interpretaciones señalan que el concepto de Hemisferio Occidental se inscribe en una lógica de “patio trasero”.

En un escenario de degradación del orden occidental, con Europa atravesando crisis profundas y un auge de partidos de ultraderecha que reivindican valores judeocristianos tradicionales, la retórica del Hemisferio Occidental adquiere una connotación distinta. Aparece como un intento de rescatar valores e intereses compartidos del pasado. En este marco, la seguridad y la identificación de amenazas extrarregionales se convierten en el principal mecanismo de aglutinación.

Por otra parte, en el prólogo del tercer documento chino, el Sur Global no aparece como un dato descriptivo neutro. Funciona como el marco político que ordena todo el texto. El documento comienza afirmando que el Sur Global se está robusteciendo y ganando peso en el progreso humano. De inmediato contrapone este ascenso con un diagnóstico de crisis. Bajo dinamismo económico. Conflictos parciales recurrentes. Acciones unilaterales de “matonería” que dañan la paz y la seguridad internacionales.

Este encuadre realiza dos movimientos simultáneos. Convierte al Sur Global en un sujeto político, no solo en un conjunto de países. Y transforma el estado del orden internacional en un problema de gobernanza y seguridad, no únicamente de economía.

Surge entonces una primera duda fundamental. ¿Qué es exactamente el Sur Global? No existe una definición única ni jurídicamente vinculante. En los usos institucionales, el concepto suele funcionar como un rótulo operativo para referirse a economías en desarrollo. La UNCTAD, por ejemplo, lo define explícitamente en esos términos.

En el sistema de Naciones Unidas, el concepto cumple además una función práctica. Sirve como base para la cooperación Sur-Sur, entendida como cooperación técnica orientada a objetivos de desarrollo. Al mismo tiempo, esta amplitud conceptual ha generado advertencias relevantes. La agregación de realidades nacionales muy diversas bajo una sola categoría puede ocultar diferencias sustantivas y debilitar su valor analítico.

Entonces, ¿quiénes conforman el Sur Global? Depende del criterio utilizado. Si se adopta el de la UNCTAD, la cobertura es extremadamente amplia. Si se utiliza un criterio coalicional, un indicador relevante es el G77. Esta coalición agrupa actualmente a 134 países. No equivale

a una membresía formal del Sur Global, pero muestra cómo se materializa políticamente un “nosotros” en espacios multilaterales.

Sobre esta base, la principal implicancia para América Latina de operar dentro del encuadre “China y ALC como Sur Global” es que la relación deja de presentarse como un vínculo económico bilateral. Pasa a entenderse como parte de un proyecto de orden internacional. China se autodefine como país en desarrollo y miembro del Sur Global. Afirma que comparte aliento y futuro con América Latina y los demás miembros de este espacio.

Esta formulación no solo construye afinidad. Sugiere pertenencia a un mismo campo político. Implica una presión, suave pero real, a coordinar posiciones en gobernanza global. El prólogo enumera además cuatro iniciativas globales y las vincula con una visión de mundo multipolar, igualitario y ordenado, así como con una globalización inclusiva.

En términos prácticos, el Sur Global funciona como un paraguas que vuelve coherente una agenda muy amplia. Desarrollo, seguridad, cultura, sociedad y gobernanza.

¿Qué implicancias concretas tiene “ser Sur Global” para América Latina? No genera obligaciones automáticas. Sí produce efectos políticos si un gobierno adopta ese marco. Un primer efecto es el reposicionamiento externo. El Sur Global puede arrastrar una agenda de reforma del orden internacional y legitimar la cooperación Sur-Sur como vía de desarrollo.

Un segundo efecto son los costos de navegación entre marcos rivales. El contraste entre Sur Global y Hemisferio Occidental no es meramente semántico. Son mapas estratégicos distintos. Dificultan la separación entre economía y geopolítica, incluso cuando los gobiernos latinoamericanos intentan hacerlo.

Un tercer efecto es la heterogeneidad interna. Agrupar más de 130 países en una sola categoría tiende a ocultar diferencias profundas. Para América Latina, esto es especialmente relevante. El Sur Global no es una coalición homogénea. Las divergencias de intereses pueden debilitar la coordinación real, pese a la retórica compartida.

Este encuadre abre preguntas críticas inevitables. La primera se refiere a la brecha entre texto y práctica. El prólogo declara un marco ambicioso. La Parte III lo traduce en cinco programas. La pregunta operativa es qué parte corresponde a identidad narrativa y qué parte se traduce en mecanismos verificables: foros, planes, acuerdos, presupuestos y proyectos.

La segunda pregunta apunta al tipo de seguridad contenido en la noción de paz y estabilidad. El Programa de la Paz incluye cooperación militar, aplicación de la ley y justicia, anticorrupción, recuperación de activos, ciberseguridad y no proliferación. Se trata de una seguridad de tipo paquete. Más amplia que la seguridad ciudadana clásica. Con instrumentos militares, legales y tecnológicos.

Para América Latina, esto abre oportunidades de cooperación más allá del eje tradicional con Estados Unidos. Pero también activa costos internos y externos, dependiendo del país y del tema.

La tercera pregunta es cómo medir si este encuadre realmente funciona. Si el Sur Global es, al menos en parte, una apuesta narrativa, su rendimiento puede evaluarse en tres niveles. Adopción discursiva. Densidad institucional. Evidencia material. No se trata de creer o no creer. Se trata de auditar empíricamente.

La cuarta pregunta se refiere a beneficios y riesgos. América Latina podría ganar mayor autonomía relativa y mayor voz en la gobernanza global. Pero también corre el riesgo de quedar atrapada en una etiqueta que simplifica diferencias internas y que puede interpretarse externamente como señal de alineamiento.

El concepto de Sur Global arrastra además una carga histórica. Remite al antiguo clivaje entre Tercer Mundo y mundo desarrollado, o al esquema centro–periferia. En el siglo XXI, ese eje se ha transformado. Los países que hoy se identifican con el Sur Global son mucho más heterogéneos.

A diferencia de la Guerra Fría, pertenecer al Sur Global ya no implica una oposición sistemática al capitalismo. La mayoría de estos países, incluida China, aceptan la economía de mercado. Lo hacen bajo configuraciones institucionales distintas y con distintos grados de intervención estatal.

China representa una superación pragmática de la dicotomía clásica entre capitalismo y socialismo. Integra mecanismos de acumulación capitalista con estructuras políticas de control y planificación central. Esta síntesis ha permitido sostener su legitimidad política y posicionarse como motor de crecimiento del Sur Global.

Para América Latina, este escenario abre una tensión estructural. La región queda atrapada entre dos narrativas y dos anclajes materiales. China se consolida como principal socio comercial. Estados Unidos sigue siendo el socio central en seguridad y defensa. El comercio y la infraestructura miran a Asia. La cooperación militar sigue dependiendo de Washington.

Casos como el uso de aviones F-16 en Chile o Argentina ilustran esta dependencia estratégica. Con la llegada al poder de figuras como José Antonio Kast en Chile y Javier Milei en Argentina, surge la interrogante sobre cómo evolucionará la relación bilateral y si habrá mayor alineamiento con Estados Unidos o una coordinación pragmática que preserve el vínculo económico con China.

Más allá de los gobiernos, persiste una dependencia política hacia Estados Unidos. Los sistemas políticos latinoamericanos comparten con Washington una arquitectura institucional similar. Presidencialismo, elecciones competitivas, partidos y congresos. Comparten un mismo lenguaje de legitimidad.

China, en contraste, representa un modelo distante en términos ideológicos, lingüísticos y normativos. Esto limita la interlocución política directa, incluso cuando la interdependencia económica aumenta.

Este doble vínculo plantea una pregunta de fondo. No si existen dos narrativas equivalentes, sino quién tiene la capacidad de fijar el umbral que convierte una relación económica en un problema estratégico. En la práctica, ese poder lo ejerce Estados Unidos. Lo hace cuando encuadra a América Latina como Hemisferio Occidental y define qué infraestructuras, inversiones o vínculos dejan de ser comercio y pasan a ser seguridad.

El punto de fricción no es solo entre Sur Global y Hemisferio Occidental como identidades. Es entre dos gramáticas de decisión. Una oferta china que busca integrar a la región a un marco amplio de cooperación Sur-Sur y multipolaridad. Y un marco estadounidense que opera como categoría por defecto para securitizar aquello que antes se leía como desarrollo.

En última instancia, el dilema no es solo geopolítico. Es político-institucional e identitario. Se trata de si la región puede sostener una autonomía práctica en su inserción internacional o si termina orbitando, una vez más, alrededor del criterio de seguridad definido desde Washington.

Ignacio Araya